



Queridos amigos:

De nuevo me dirijo a vosotros. Un folio más entre los cientos que pondréis estos días encima de la mesas. Un folio distinto. No para estudiar. Esta vez quiero reflexionar sobre el sentido de estos días de exámenes.

Toda realidad nos dice más de lo que a primera vista parece decir. ¡Claro!, siempre que nos detengamos a mirar. Yo creo que este tiempo de exámenes nos hace muchas preguntas y sobre ellas te invito a detenerte.

Los exámenes en primer lugar son una oportunidad. Aunque a primera vista parezcan sólo un fastidio. Se trata de la oportunidad de hacer nuestro lo tratado en el curso, de apropiárnoslo, de retener las cosas que hemos recibido antes de que se pierdan por no haberlas atado en nuestro interior. Los exámenes nos sirven para aprehender (algo necesario para aprender), es decir, para coger todo lo que nos ha rodeado en las explicaciones de la Universidad y hacerlas nuestras. Veníamos a eso ¿no? Si lo conseguimos podremos sentirnos orgullosos de decir: “Sé más de lo que sabía, soy más de lo que era”. Alégrate, por tanto, aunque te cueste estudiar

Pero también los exámenes nos paran los pies. Nos ponen una mano en el pecho y nos dicen: “Tú, ¿de qué vas?”. A veces, son una manera brusca de decirnos, como lo suele hacer esta frase, que somos unos jetas, que estamos viviendo como gorriones sin hacer lo que tendríamos que hacer.

Los exámenes, pasando a otro tema, también son una forma de comprender las dificultades de la vida. Ya desde la infancia (¿cuantos exámenes ya tenemos a nuestras espaldas!), nos recuerdan que en la vida no todo es el gusto. Seguro que algunas cosas de las que tratas en clase te interesan y te han gustado, sin embargo para el examen también entra lo aburrido, lo que ni siquiera sabes qué sentido tiene. Así es la vida. Tenemos que acogerla con lo que nos interesa y también hemos de cargar con cosas que son necesarias, aunque no muy atractivas.

Por otra parte, pueden hacernos humildes ya que no siempre conseguimos los objetivos previstos, incluso después de estudiar lo suficiente (y esto no siempre -casi nunca- porque el profesor nos tenga manía). Podemos aprender, así, a no juzgar a los demás por sus resultados, algo que casi todos hacemos en todos los ámbitos de la vida.

Por último, yo creo que los exámenes también pueden ser una forma de engañarnos a nosotros mismos, de ocultar la realidad. ¿Por qué? Por que quizá podamos aprobar con unas cuantas noches de insomnio al trimestre. Quizá parezca que era de esto de lo que se trataba, pero no es así. En los años de universidad se nos abren las puertas de la sabiduría. No estamos en la universidad sólo para estudiar lo que entra en el examen y aprobar, para esto, en algunas carreras, bastarían tres meses al año, o menos. Por ejemplo, en este primer trimestre ¿cuánto has leído en relación a lo que estudias que no entre en el examen? ¿Cuánto has leído para saber más? ¿Cuánto para llegar a ser un buen profesional? (Déjame hacerte una propuesta descarada: suma lo que te cuesta la Universidad, el Colegio Mayor, los libros,... este trimestre. Luego mira lo que has aprendido -no lo que vas a aprobar-... y pregúntate a ti mismo si hay proporción).

Como te decía al principio, los exámenes nos hacen preguntas, no sólo de la materia de la que nos examinamos. No las evites. Siempre que la realidad nos reta podemos crecer y aprender a ser hombres y mujeres más grandes, más dignos. Y, entre medias, Dios esperando que aproveches los dones que te ha dado. Y, ahora, ánimo y a por ellos.

Un saludo. Paco.